

balsas á la redonda remolinando; y si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir á tierra, donde fueran tomados y muertos. E yendo en esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce dias los indios con sus canoas, flechándolos y peleando de dia y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco (que fué esclavo y criado de cristianos) el cual, con cierta gente suya, salió por el rio arriba á recibir y socorrer los cristianos, y los trajo á una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habian dado, venian fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habian enviado, en los cuales fueron recogidos á la dicha ciudad de la Ascension.

## CAPITULO XV.

De cómo el Gobernador envió á socorrer la gente que venia en su nao capitana á Buenos-Aires, y á que tornasen á poblar aquel puerto.

Con toda diligencia el Gobernador mandó aderezar bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Ascension, que habian sido pobladores del puerto de Buenos-Aires, porque tenian experiencia del rio del Paraná, los envió á socorrer los ciento y cuarenta españoles que envió en la nao capitana desde la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarian por se haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, y para que se tornase luego á poblar nuevamente el pueblo en la parte mas suficiente y aparejada que les pareciese á las personas á quien lo cometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la poblacion y puerto, sin el cual toda la gente española que residia en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderian, porque las naos que á la provincia fuesen de rota batida, han de ir á tomar puerto en el dicho rio, y allí hacer bergantines para subir trecientas y cincuenta leguas el rio arriba, que hay hasta la ciudad de la Ascension, de navegacion muy trabajosa y peligrosa; los cuales dos bergantines partieron á 16 dias del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que fornescidos y cargados de bastimentos y gente, partieron á hacer el dicho socorro, y á efectuar la fundacion del puerto de Buenos-Aires, y á los capitanes que el Gobernador envió con los bergantines, les mandó y encargó que á los indios que habitaban en el rio del Paraná, por donde habian de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trajesen de paz á la obediencia de su majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razon y relacion cierta, para avisar de todo á su majestad; y proveido que hobo lo susodicho, comenzó á entender en las cosas que convenian al servicio de Dios y de su majestad, y á la pacificacion y sosiego de los naturales de la dicha provincia. Y para mejor servir á Dios y á su majestad, el Gobernador mandó llamar y hizo juntar los religiosos y

clérigos que en la provincia residian, y los que consigo habia llevado, y delante de los oficiales de su majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de su majestad, y les mandó leer, y fueron leidos, ciertos capítulos de una carta acordada de su majestad, que habla sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para lo proveer y remediar, y que todas las cosas que fuesen necesarias para tan santa obra, el Gobernador se las daría y proveeria, y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monesterios les proveeria; y así, fueron proveidos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servian las iglesias y el culto divino, y para ello les dió una bota de vino.

## CAPITULO XVI.

De cómo matan á sus enemigos que captivan, y se los comen.

Luego dende á poco que hobo llegado el Gobernador á la dicha ciudad de la Ascension, los pobladores y conquistadores que en ella halló, le dieron grandes que-rellas y clamores contra los oficiales de su majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de su majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles cómo su majestad lo habia enviado á los favorecer y dar á entender cómo habian de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de su majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serian mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habian sido; y allende de esto, les fué dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacian á Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para les dar contentamiento, les dió y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron. Esta generacion de los guaranies es una gente que se entienden por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generacion, si los captivan en las guerras, tráenlos á sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen á engordar y le dan todo cuanto quiere á comer, y á sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordarlo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios, las mas principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumeria y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy ma-

yores, y juntos los indios, componen y aderezan tres mochachos de edad de seis años hasta siete, y dánles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por mas valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas las manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontese, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza; porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta á derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos ó el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen á voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquel ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto, y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénelo por cosa muy buena comer dél, y de allí adelante tornan á sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos dias, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo que mató á sus parientes, que agora descansarán y tomarán por ello placer.

## CAPITULO XVII.

De la paz que el Gobernador asentó con los indios agaces.

En la ribera de este rio del Paraguay está una nacion de indios que se llaman agaces; es una gente muy temida de todas las naciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes, y aun en propios parientes suyos, por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confian de ellos. Esta es una gente muy crecida, de grandes cuerpos, y miembros como gigantes; andan hechos cosarios por el rio en canoas; saltan en tierra á hacer robos y presas en los guaranies, que tienen por principales enemigos; mántiense de caza y pesquería del rio y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar captivos de los guaranies, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse á la propia tierra donde son naturales, y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres y hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les trayan de comer, si no, que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven á sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después que están hartos de traerlos en sus canoas y de azotarlos, los cortan las cabezas y las ponen por la ribera del rio hincadas en unos palos altos. A estos indios, antes que

fuese á la dicha provincia el Gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residian, y habian muerto á muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios; la cual quebrantaron, como lo acostumbra, haciendo daños á los guaranies muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el Gobernador llegó á la ciudad de la Ascension habia pocos dias que los agaces habian rompido las paces y habian salteado y robado ciertos pueblos de los guaranies, y cada dia venian á desaseosegar y dar rebato á la ciudad de la Ascension; y como los indios agaces supieron la venida del Gobernador, los hombres mas principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generacion, vinieron en sus canoas, y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron á poner en presencia del Gobernador, y dijeron que ellos venian á dar la obediencia á su majestad y á ser amigos de los españoles; y que si hasta allí no habian guardado la paz, habia sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salian, y daban causa á que se creyese que ellos quebraban y rompian la paz, y que los tales habian sido bien castigados; y rogaron al Gobernador los recibiese y hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarian y conservarian estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de su majestad. Hecho su mensaje, el Gobernador los recibió con todo buen amor, y les dió por respuesta que era contento de los recibir por vasallos de su majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habian hecho, con apercibimiento que los tendrian por enemigos capitales y les harian la guerra; y de esta manera se asentó la paz, y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaranies, y de allí adelante los mandó favorecer y socorrer de mantenimientos; y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y conservada, fué que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generacion, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hobiesen de venir en sus canoas por la ribera del rio del Paraguay, entrando por tierra de los guaranies, ó hasta llegar al puerto de la ciudad de la Ascension, hobiese de ser y fuese de dia claro, y no de noche, y por la otra parte de la ribera del rio, no por donde los otros indios guaranies y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenian con los indios guaranies, y no les hiciesen ningun mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de su majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios y indias de la dicha generacion, que habian captivado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que á los españoles y indios guaranies que anduviesen por el rio á pescar y por la tierra á cazar no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que habian traído á las doctrinas, que las dejasen permanecer en la santa obra, y no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que guardando las condiciones, los tenian por amigos; y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederian contra ellos; y sien-

do por ellos bien entendidas las condiciones y apercebimientos, prometieron de las guardar; y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

## CAPITULO XVIII.

De las querellas que dieron al Gobernador los pobladores, de los oficiales de su majestad.

Luego dende á pocos dias que fué llegado á la ciudad de la Ascension el Gobernador, visto que habia en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas, camisas, calzones y otras cosas, con que fueron remediados, y proveyó á muchos de armas, que no las tenían; todo á su costa, sin interese alguno; y rogó á los oficiales de su majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habian hecho y hacian; de que se querellarian de ellos gravemente todos los conquistadores y pobladores, así sobre la cobranza de deudas debidas á su majestad, como derechos de una nueva imposicion que inventaron y pusieron, de pescado y manteca, de la miel, maíz y otros mantenimientos, y pellejos de que se vestian, y que habian y compraban de los indios naturales; sobre lo cual los oficiales hicieron al Gobernador muchos requerimientos para proceder en la cobranza, y el Gobernador no se lo consintió; de donde le cobraron grande odio y enemistad, y por vias indirectas intentaron de hacerle todo el mal y daño que pudiesen, movidos con mal celo; de que resultó prenderlos y tenerlos presos por virtud de las informaciones que contra ellos se tomaron.

## CAPITULO XIX.

Cómo se querellaron al Gobernador de los indios guaycurues.

Los indios principales de la ribera y comarca del rio del Paraguay, y mas cercanos á la ciudad de la Ascension, vasallos de su majestad, todos juntos parecieron ante el Gobernador y se querellaron de una generacion de indios que habitan cerca de sus confines; los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel, y pescado del rio, y puercos que ellos matan, y no comen otra cosa ellos y sus mujeres y hijos, y estos cada dia la matan y andan á cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el aliento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los causan y toman á mano, y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos. Son muy amigos de tratar bien á las mujeres, no tan solamente las suyas propias, que entre ellos tienen muchas preeminencias, mas en las guerras que tienen, si captivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal; todas las otras generaciones les tienen gran temor; nunca están quedos de dos dias arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua ó dos desviados de donde han tenido asiento; porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando. Esta generacion y otras que se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, á las cuales acuden por los montes donde están estos árboles, á coger como puercos que andan á montanera, todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por

el mes de noviembre á la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio, que con ello se emborrachan.

## CAPITULO XX.

Cómo el Gobernador pidió informacion de la querella.

Asimismo se querellaron los indios principales al Gobernador, de los indios guaycurues, que les habian desposeido de su propia tierra, y les habian muerto sus padres y hermanos y parientes; y pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, los amparase y restituyese en las tierras que les tenían tomadas y ocupadas los indios, porque en los montes y en las lagunas y rios de ellas tenían sus cazas y pesquerías, y sacaban miel, con que se mantenian ellos y sus hijos y mujeres, y lo traian á los cristianos; porque después que á aquella tierra fué el Gobernador, se les habia hecho las dichas fuerzas y muertes. Vista por el Gobernador la querella de los indios principales, los nombres de los cuales son Pedro de Mendoza, y Juan de Salazar Cupirati, y Francisco Ruiz Mairaru, y Lorenzo Moquiraci, y Gonzalo Mairaru, y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querella, y se hiciese y procediese conforme á derecho, por las lenguas intérpretes el Gobernador les dijo que trujesen informacion de lo que decian; la cual dieron y presentaron de muchos testigos cristianos españoles, que habian visto y se hallaron presentes en la tierra cuando los indios guaycurues les habian hecho los daños y les habian echado de la tierra, despoblado un pueblo que tenían, muy grande y cercado de fuerte palizada, que se llama Caguazu; y recibida la dicha informacion, el Gobernador mandó llamar y juntar los religiosos y clérigos que allí estaban, conviene á saber, el comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, y el bachiller Martin de Armenta y Francisco de Andrada, clérigos, para que viesen la informacion y diesen su parecer, si la guerra se les podia hacer á los indios guaycurues justamente. Y habiendo dado su parecer, firmado de sus nombres, que con mano armada podia ir contra los dichos indios, á les hacer la guerra, pues eran enemigos capitales, el Gobernador mandó que dos españoles que entendian la lengua de los indios guaycurues, con un clérigo llamado Martin de Armenta, acompañados de cincuenta españoles, fuesen á buscar los indios guaycurues, y á les requerir diesen la obediencia á su majestad, y se apartasen de la guerra que hacian á los indios guaranies, y los dejasen libres por sus tierras, gozando de las cazas y pesquerías de ellos; y que de esta manera los ternia por amigos y los favoreciera; y donde no, lo contrario haciendo, que les haria la guerra como á enemigos capitales. Y así, se partieron los susodichos, encargándoles tuviesen especial cuidado de les hacer los apercebimientos una, y dos, y tres veces con toda templanza. E idos, dende á ocho dias volvieron, y dijeron y dieron fe que hicieron el dicho apercebimiento á los indios, y que hecho, se pusieron en arma contra ellos, diciendo que no querian dar la obediencia ni ser amigos de los españoles ni de los indios guaranies, y que se fuesen luego de su tierra; y así, les tiraron muchas flechas, y

## CAPITULO XXI.

Cómo el Gobernador y su gente pasaron el rio, y se ahogaron dos cristianos.

Este mismo dia viérnes llegaron los bergantines allí para pasar las gentes y caballos de la otra parte del rio, y los indios habian traído muchas canoas; y bien informado el Gobernador de lo que convenia hacerse, platicado con sus capitanes, fué acordado que luego el sábado siguiente por la mañana pasase la gente para proseguir la jornada y ir en demanda de los indios guaycurues, y mandó que se hiciesen balsas de las canoas para poder pasar los caballos; y en siendo de dia, toda la gente puesta en orden, comenzaron á embarcarse y pasar en los navíos y en las balsas, y los indios en las canoas; era tanta la priesa del pasar y la grita de los indios (como era tanta gente), que era cosa muy de ver; tardaron en pasar dende las seis de la mañana hasta las dos horas después de mediodia, no embargante que habia bien docientas canoas, en que pasaron. Allí sucedió un caso de mucha lástima, que como los españoles procuraban de embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente al un bordo, hizo balance y se trastornó de manera, que volvió la quilla arriba y tomó debajo toda la gente, y si no fueran tambien socorridos, todos se ahogaran; porque, como habia muchos indios en la ribera, echáronse al agua y volcaron el navío; y como en aquella parte habia mucha corriente, se llevó dos cristianos, que no pudieron ser socorridos, y los fueron á hallar el rio abajo ahogados; el uno se llamaba Diego de Isla, vecino de Málaga, y el otro Juan de Valdés, vecino de Palencia. Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, los indios principales vinieron á decir al Gobernador que era su costumbre que cuando iban á hacer alguna guerra hacian un presente al capitán suyo, y que así, ellos, guardando su costumbre, lo querian hacer; que le rogaban lo recibiese; y el Gobernador, por les hacer placer, lo aceptó; y todos los principales, uno á uno, le dieron una flecha y un arco pintado, muy galan, y tras de ellos, todos los indios, cada uno trujo una flecha pintada y emplumada con plumas de papagayos, y estuvieron en hacer los dichos presentes hasta que fué de noche, y fué necesario quedarse allí en la ribera del rio á dormir aquella noche, con buena guarda y centinela que hicieron.

## CAPITULO XXII.

Cómo fueron las espías por mandado del Gobernador en seguimiento de los indios guaycurues.

El dicho dia sábado fué acordado por el Gobernador, con parecer de sus capitanes y religiosos, que, antes que comenzasen á marchar por la tierra, fuesen los adelantados á descubrir y saber á qué parte los indios guaycurues habian pasado y asentado pueblo, y de la manera que estaban, para poderles acometer y echar de la tierra de los indios guaranies; y así, se partieron los indios, espías y cristianos, y al cuarto de la modorra vinieron, y dijeron que los indios habian todo el dia cazado, y que adelante iban caminando sus mujeres y hijos, y que no sabian adónde irian á tomar asiento; y sabido lo susodicho, en la misma hora fué acordado que

vinieron de ellos heridos; y visto lo susodicho por el Gobernador, mandó apercebir hasta docientos hombres arcabuceros y ballesteros, y doce de caballo, y con ellos partió de la ciudad de la Ascension, juéves 12 dias del mes de julio de 1542 años. Y porque habia de pasar de la otra parte del rio del Paraguay, mandó que fuesen dos bergantines para pasar la gente y caballos, y que aguardasen en un lugar de indios que está en la ribera del dicho rio del Paraguay, de la generacion de los guaranies, que se llama Capua, que su principal se llama Mormocen, un indio muy valiente y temido en aquella tierra, que era ya cristiano, y se llamaba Lorenzo, cuyo era el lugar de Caguazu, que los guaycurues le habian tomado; y por tierra habia de ir toda la gente y caballos hasta allí, y estaba de la ciudad de la Ascension hasta cuatro leguas, y fueron caminando el dicho dia, y por el camino pasaban grandes escuadrones de indios de la generacion de los guaranies, que se habian juntado en el lugar de Capua para iren compañía del Gobernador. Era cosa muy de ver la orden que llevaban, y el aderezo de guerra, de muchas flechas, muy emplumados con plumas de papagayos, y sus arcos pintados de muchas maneras y con instrumentos de guerra, que usan entre ellos, de atabales y trompetas y cornetas, y de otras formas; y el dicho dia llegaron con toda la gente de caballo y de á pié al lugar de Capua, donde hallaron muy gran cantidad de los indios guaranies, que estaban aposentados, así en el pueblo como fuera, por las arboledas de la ribera del rio; y el Mormocen, indio principal, con otros principales indios que allí estaban, parientes suyos, y con todos los demás, los salieron á recibir al camino un tiro de arco de su lugar, y tenían muerta y traída mucha caza de venados y avestruces, que los indios habian muerto aquel dia y otro antes; y era tanta, que se dió á toda la gente, con que comieron y lo dejaban de sobra; y luego los indios principales, hecha su junta, dijeron que era necesario enviar indios y cristianos que fuesen á descubrir la tierra por donde habian de ir, y á ver el pueblo y asiento de los enemigos, para saber si habian tenido noticia de la ida de los españoles, y si se velaban de noche; luego, pareciéndole al Gobernador que convenia tomar los avisos, envió dos españoles con el mismo Mormocen, indio, y con otros indios valientes que sabian la tierra. E idos, volvieron otro dia siguiente, viérnes en la noche, y dijeron cómo los indios guaycurues habian andado por los campos y montes cazando, como es costumbre suya, y poniendo fuego por muchas partes; y que á lo que habian podido reconocer, aquel dia mismo habian levantado su pueblo, y se iban cazando y caminando con sus hijos y mujeres, para asentar en otra parte, donde se pudiesen mantener de la caza y pesquerías, y que les parecia que no habian tenido hasta entonces noticia ni sentimiento de su ida, y que dende allí hasta donde los indios podian estar y asentar su pueblo habia cinco ó seis leguas, porque se parecian los fuegos por donde andaban cazando.

marchasen lo mas encubiertamente que pudiesen, caminando tras de los indios, y que no se hiciesen fuegos de día, porque no fuese descubierto el ejército, ni se desmandasen los indios que allí iban, á cazar ni á otra cosa alguna; y acordado sobre esto, domingo de mañana partieron con buena orden, y fueron caminando por unos llanos y por entre arboledas, por ir mas encubiertos, y de esta manera fueron caminando, llevando siempre delante indios que descubrian la tierra, muy ligeros y corredores, escogidos para aquel efecto, los cuales siempre venian á dar aviso; y demás de esto, iban las espías con todo cuidado en seguimiento de los enemigos, para tener aviso cuando hobiesen asentado su pueblo; y la orden que el Gobernador dió para marchar el campo fué, que todos los indios que consigo llevaba iban hechos un escuadron, que duraba bien una legua, todos con sus plumajes y papagayos muy galanos y pintados, y con sus arcos y flechas, con mucha orden y concierto; los cuales llevaban el avanguardia, y tras de ellos, en el cuerpo de la batalla, iba el Gobernador con la gente de caballo, y luego la infantería de los españoles, arcabuceros y ballesteros, con el carruaje de las mujeres que llevaban la munición y bastimentos de los españoles, y los indios llevaban su carruaje en medio de ellos; y de esta forma y manera fueron caminando hasta el mediodía, que fueron á reposar debajo de unas grandes arboledas; y habiendo allí comido y reposado toda la gente y indios, tornaron á caminar por las veredas, que iban seguidas por vera de los montes y arboledas, por donde los indios, que sabian la tierra, los guiaban; y en todo el camino y campos que llevaron á su vista, habia tanta caza de venados y aves-truces, que era cosa de ver; pero los indios ni los españoles no salian á la caza, por no ser descubiertos ni vistos por los enemigos; y con la orden iban caminando, llevando los indios guaraníes la vanguardia (segun está dicho), todos hechos un escuadron, en buena orden, en que habria bien diez mil hombres, que era cosa muy de ver cómo iban todos pintados de almagra y otras colores, y con tantas cuentas blancas por los cuellos, y sus penachos, y con muchas planchas de cobre, que, como el sol reverberaba en ellas, daban de sí tanto resplandor, que era maravilla de ver; los cuales iban proveidos de muchas flechas y arcos.

## CAPITULO XXIII.

Cómo, yendo siguiendo los enemigos, fué avisado el Gobernador cómo iban adelante.

Caminando el Gobernador y su gente por la orden ya dicha todo aquel día, después de puesto el sol, á hora del Ave-Maria, sucedió un escándalo y alboroto entre los indios que iban en la hueste; y fué el caso que se vinieron apretar los unos con los otros, y se alborotaron con la venida de un espía que vino de los indios guaycurúes, que los puso en sospecha que se querian retirar de miedo de ellos; la cual les dijo que iban adelante, y que los habia visto todo el día cazar por toda la tierra, y que todavía iban adelante caminando sus mujeres y hijos, y que creian que aquella noche asentarían su pueblo, y que los indios guaraníes habian sido avisados de unas esclavas que ellos habian captivado po-

cos días habia, de otra generacion de indios que se llaman merchireses, y que ellos habian oido decir á los de su generacion que los guaycurúes tenian guerra con la generacion de los indios que se llaman guatataes, y que creian que iban á hacerlos daño á sus pueblos, y que á esta causa iban caminando á tanta priesa por la tierra; y porque las espías iban tras de ellos caminando hasta los veradonde hacian parada y asiento, para dar el aviso de ello; y sabido por el Gobernador lo que la espía dijo, visto que aquella noche hacia buena luna clara, mandó que por la misma orden fuesen todavía caminando todos adelante sobre aviso, los ballesteros con sus ballestas armadas, y los arcabuceros cargados los arcabuces y las mechas encendidas (segun que en tal caso convenia); porque, aunque los indios guaraníes iban en su compañía y eran tambien sus amigos, tenían todo cuidado de recatarse y guardarse de ellos tanto como de los enemigos, porque suelen hacer mayores traiciones y maldades si con ellos se tiene algun descuido y confianza; y así, suelen hacer de las suyas.

## CAPITULO XXIV.

De un escándalo que causó un tigre entre los españoles y los indios.

Caminando el Gobernador y su gente por vera de unas arboledas muy espesas, ya que queria anochecer, atravesóse un tigre por medio de los indios, de lo cual hubo entre ellos tan grande escándalo y alboroto, que hicieron á los españoles tocar al arma, y los españoles, creyendo que se querian volver contra ellos, dieron en los indios con apellido de Santiago, y de aquella refriega hirieron algunos indios; y visto por los indios, se metieron por el monte adentro huyendo, y hobieran herido con dos arcabuzos al Gobernador, porque le pasaron las pelotas á raíz de la cara; los cuales se tuvo por cierto que le tiraron maliciosamente por lo matar, por complacer á Domingo de Irala, porque le habia quitado el mandar de la tierra, como solia. Y visto por el Gobernador que los indios se habian metido por los montes, y que convenia remediar y apaciguar tan grandes escándalos y alboroto, se apeó solo, y se lanzó en el monte con los indios, animándoles y diciéndoles que no era nada, sino que aquel tigre habia causado aquel alboroto, y que él y su gente española eran sus amigos y hermanos, y vasallos de su majestad, y que fuesen todos con él adelante á echar los enemigos de la tierra, pues que los tenían muy cerca. Y con ver los indios al Gobernador en persona entre ellos, y con las cosas que les dijo, ellos se asosegaron, y salieron del monte con él; y es cierto que en aquel trance estuvo la cosa en punto de perderse todo el campo, porque si los dichos indios huían y se volvían á sus casas, nunca se aseguraran ni fiarian de los españoles, ni sus amigos y parientes; y así, se salieron, llamando el Gobernador á todos los principales por sus nombres, que se habian metido en los montes con los otros; los cuales estaban muy atemorizados, y les dijo y aseguró que viniesen con él seguros, sin ningun miedo ni temor; y que si los españoles los habian querido matar, ellos habian sido la causa, porque se habian puesto en arma, dando á entender que los querian matar; porque bien entendido

tenian que habia sido la causa aquel tigre que pasó entre ellos, y que habia puesto el temor á todos; y que, pues eran amigos, se tornasen á juntar, pues sabian que la guerra que iban á hacer, era y tocaba á ellos mismos, y por su respeto se la hacia, porque los indios guaycurúes nunca los habian visto ni conocido los españoles, ni hecho ningun enojo ni daño, y que por los amparar y defender á ellos, y que no les fuesen hechos daños algunos, iban contra los dichos indios.

Siendo tan rogados y persuadidos por el Gobernador por buenas palabras, salieron todos á ponerse en su mano muy atemorizados, diciendo que ellos se habian escandalizado yendo caminando, pensando que del monte salian sus enemigos, los que iban á buscar; y que iban huyendo á se amparar con los españoles, y que no era otra la causa de su alteracion; y como fueron sosegados los indios principales, luego los otros de su generacion se juntaron, y sin que hobiese ningun muerto; y así juntos, el Gobernador mandó que todos los indios de allí adelante fuesen á la retaguardia, y los españoles en el avanguardia, y la gente de á caballo delante de toda la gente de los indios españoles; y mandó que todavía caminasen como iban en la orden, por dar mas contento á los indios, y viesen la voluntad con que iban contra sus enemigos, y perdiesen el temor de lo pasado; porque, si se rompiera con los indios, y no se pusiera remedio, todos los españoles que estaban en la provincia no se pudieran sustentar ni vivir en ella, y la habian de desamparar forzosamente; y así, fué caminando hasta dos horas de la noche, que paró con toda la gente, á do cenaron de lo que llevaban, debajo de unos árboles.

## CAPITULO XXV.

De cómo el Gobernador y su gente alcanzaron á los enemigos.

A hora de las once de la noche, después de haber reposado los indios y españoles que estaban en el campo, sin consentir que hiciesen lumbre ni fuego ninguno, porque no fuesen sentidos de los enemigos, á la hora llegó una de las espías y descubridores que el Gobernador habia enviado para saber de los enemigos, y dijo que los dejaba asentando su pueblo; lo cual holgó mucho de oír el Gobernador, porque tenia temor que hobiesen oido los arcabuces al tiempo que los dispararon en el alboroto y escándalo de aquella noche; y haciéndole preguntar á la espía á do quedaban los indios, le dijo que quedarian tres leguas de allí; y sabido esto por el Gobernador, mandó levantar el campo, y caminó luego toda la gente, yendo con ella poco á poco, por detenerse en el camino y llegar á dar en ellos al reir del alba, lo cual así convenia para seguridad de los indios amigos que consigo llevaban, y les dió por señal unas cruces de yeso, en los pechos puestas y señaladas, y en las espaldas tambien, porque fuesen conocidos de los españoles, y no los matasen, pensando que eran los enemigos. Mas, aunque esto llevaban para remedio de su seguridad y peligro, entrando de noche en las casas, no bastaban para la fuga de las espaldas, porque tambien se hieren y matan los amigos como los enemigos; y así caminaron hasta que el alba comenzó á romper, al tiempo que estaban cerca de las casas y pueblo de los

enemigos esperando que aclarase el día para darles la batalla. Y porque no fuesen entendidos ni sentidos de ellos, mandó que hinchasen á los caballos las bocas de yerba sobre los frenos, porque no pudiesen relinchar; y mandó á los indios que tuviesen cercado el pueblo de los enemigos, y les dejasen una salida por donde pudiesen huir al monte, por no hacer mucha carnicería en ellos. Y estando así esperando, los indios guaraníes que consigo traia el Gobernador se morian de miedo de ellos, y nunca pudo acabar con ellos que acometiesen á los enemigos. Y estándoles el Gobernador rogando y persuadiendo á ello, oyeron los atambores que tañian los indios guaycurúes; los cuales estaban cantando y llamando todas las naciones, diciendo que viniesen á ellos, porque ellos eran pocos y mas valientes que todas las otras naciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los rios, y de los pescos que andaban en ellos; porque lo tal tienen de costumbre aquella nacion, que todas las noches del mundo se velan de esta manera; y al tiempo que ya se venia el día, salieron un poco adelante, y echáronse en el suelo; y estando así, vieron el bulto de la gente y las mechas de los arcabuces; y como los enemigos reconocieron tanto bulto de gentes y muchas lumbres de las mechas, hablaron alto, diciendo: «¿Quién sois vosotros, que osais venir á nuestras casas?» Y respondiéndoles un cristiano que sabia su lengua, y dijoles: «Yo soy Héctor (que así se llamaba la lengua que lo dijo), y vengo con los míos á hacer el trueque (que en su lengua quiere decir venganza) de la muerte de los batates que vosotros matasteis.» Entonces respondieron los enemigos: «Vengais mucho en mal hora; que tambien habrá para vosotros como hobo para ellos.» Y acabado de decir esto, arrojaron á los españoles los tizones de fuego que traian en las manos, y volvieron corriendo á sus casas, y tomaron sus arcos y flechas, y volvieron contra el Gobernador y su gente con tanto impetu y braveza, que parecia que no lo tenían en nada: los indios que llevaba consigo el Gobernador se retiraron y huyeron si osaran. Y visto esto por el Gobernador, encomendó el artillería de campo que llevaba, á don Diego de Barba, y al capitán Salazar la infantería de todos los españoles y indios, hechos dos escuadrones, y mandó echar los pretales de los cascabeles á los caballos, y puesta la gente en orden, arremetieron contra los enemigos con el apellido y nombre de Señor Santiago, el Gobernador delante en su caballo, tropellando cuantos hallaba delante; y como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habian visto, fué tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron para los montes cuanto pudieron, hasta meterse en ellos, y al pasar por su pueblo pusieron fuego á una casa; y como son de esteras, de juncos y de enea, comenzó á arder, y á esta causa se emprendió el fuego por todas las otras, que serian hasta veinte casas levadizas, y cada casa era de quinientos pasos. Habria en esta gente hasta cuatro mil hombres de guerra, los cuales se retiraron detrás del humo que los fuegos de las casas hacian; y estando así cubiertos con el humo mataron dos cristianos y descabezaron doce indios, de los que consigo llevaban, de esta manera, tomándolos por los cabellos, y con unos

tres ó cuatro dientes que traen en un palillo, que son de un pescado que se dice palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos, y teniendo á los prisioneros por los cabellos, con tres ó cuatro refregones que les dan, corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola un poco, se lo cortan, y quitan la cabeza, y se la llevan en la mano, asida por los cabellos; y aunque van corriendo, muchas veces lo suelen hacer así tan fácilmente como si fuese otra cosa mas ligera.

## CAPITULO XXVI.

Cómo el Gobernador rompió los enemigos.

Rompidos y desbaratados los indios, y yendo en su seguimiento el Gobernador y su gente, uno de á caballo que iba con el Gobernador, que se halló muy junto á un indio de los enemigos, el cual indio se abrazó al pescuezo de la yegua en que iba el caballero, y con tres flechas que llevaba en la mano dió por el pescuezo á la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron; y si no se hallara presente el Gobernador, la victoria por nuestra parte estuviera dudosa. Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros, son muy valientes y de grandes fuerzas, viven gentilmente, no tienen casas de asiento, mantiénesse de montería y de pesquería; ninguna nacion los venció sino fueron españoles. Tienen por costumbre que si alguno los venciese, se les darian por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si á cualquier hombre que los suyos hobieren prendido y captivado queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, y no puede morir ni menos ser captivo; y queriendo estar entre ellos el tal captivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen mas libertad que la que dió la reina doña Isabel, nuestra señora, á las mujeres de España; y cansado el Gobernador y su gente de seguir el enemigo, se volvió al real, y recogida la gente con buena orden, comenzó á caminar, volviéndose á la ciudad de la Ascension; é yendo por el camino, los indios guaycurues por muchas veces los siguieron y dieron arma, lo cual dió causa á que el Gobernador tuviese mucho trabajo en traer recogidos los indios que consigo llevó, porque no se los matasen los enemigos que habian escapado de la batalla; porque los indios guaranies que habian ido en su servicio tienen por costumbre que, en habiendo una pluma ó una flecha ó una estera de cualquiera de los enemigos, se vienen con ella para su tierra solos, sin aguardar otro ninguno; y así aconteció matar veinte guaycurues á mil guaranies, tomándolos solos y divididos; tomaron en aquella jornada el Gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros, entre hombres y mujeres y mochos; y caminando por el camino, la gente de á caballo alancearon y mataron muchos venados; de que los indios se maravillaban mucho de ver que los caballos fuesen tan ligeros que los pudiesen alcanzar. Tambien los indios mataron con flechas y arcos muchos venados; y á hora de las cuatro de la tarde vinieron á reposar debajo de unas grandes arboledas, donde dormieron aquella noche, puestas centinelas y á buen recaudo.

## CAPITULO XXVII.

De cómo el Gobernador volvió á la ciudad de la Ascension con toda su gente.

Otro dia siguiente, siendo de dia claro, partieron en buena orden, y fueron caminando y cazando, así los españoles de á caballo como los indios guaranies, y se mataron muchos venados y avestruces, y ansimismo la gente española con las espadas mataron algunos venados que venian á dar al escuadron huyendo de la gente de á caballo y de los indios, que era cosa de ver y de muy gran placer ver la caza que se hizo el dicho dia; y hora y media antes que anocheciese llegaron á la ribera del rio del Paraguay, donde habia dejado el Gobernador los dos bergantines y canoas, y este dia comenzó á pasar alguna de la gente y caballos; y otro dia siguiente, dende la mañana hasta el mediodia, se acabó todo de pasar; y caminando, llegó á la ciudad de la Ascension con su gente, donde habia dejado para su guarda docientos y cincuenta hombres, y por capitán á Gonzalo de Mendoza, el cual tenia presos seis indios de una generacion que se llaman yapiques, la cual es una gente crecida, de grandes estaturas, valientes hombres, guerreros y grandes corredores, y no labran ni crían: mantiénesse de la caza y pesquería; son enemigos de los indios guaranies y de los guaycurues. Y habiendo hablado Gonzalo de Mendoza al Gobernador, le informó y dijo que el dia antes habian venido los indios y pasado el rio del Paraguay, diciendo que los de su generacion habian sabido de la guerra que habian ido á hacer y se habia hecho á los indios guaycurues, y que ellos y todas las otras generaciones estaban por ello atemorizados, y que su principal los enviaba á hacer saber cómo deseaban ser amigos de los cristianos; y que si ayuda fuese menester contra los guaycurues, que venian; y que él habia sospechado que los indios venian á hacer alguna traicion y á ver su real, debajo de aquellos ofrescimientos, y que por esta razon lo habia preso hasta tanto que se pudiese informar y saber la verdad; y sabido lo susodicho por el Gobernador, los mandó luego soltar y que fuesen traídos ante él; los cuales fueron luego traídos, y les mandó hablar con una lengua intérprete español que entendia su lengua, y les mandó preguntar la causa de su venida á cada uno por sí. Y entendido que de ello redundara provecho y servicio de su majestad, les hizo buen tratamiento, y les dió muchas cosas de rescates para ellos y para su principal, diciéndoles cómo él los recibia por amigos y por vasallos de su majestad, y que del Gobernador serian bien tratados y favorecidos; con tanto, que se apartasen de la guerra que solian tener con los guaranies, que eran vasallos de su majestad, y de hacerles daño; porque les hacia saber que esta habia sido la causa principal por que les habia hecho guerra á los indios guaycurues; y así los despidió, y se partieron muy alegres y contentos.

## CAPITULO XXVIII.

De cómo los indios agaces rompieron las paces.

Demás de lo que Gonzalo de Mendoza dijo y avisó al Gobernador, de que se hace mencion en el capítulo antes que este, le dijo que los indios de la generacion de

os agaces, con quien se habian hecho y asentado las paces la noche del proprio dia que partió de la ciudad de la Ascension á hacer la guerra á los guaycurues, habian venido con mano armada á poner fuego á la ciudad y hacerles la guerra, y que habian sido sentidos por las centinelas, que tocaron al arma; y ellos, conociendo que eran sentidos, se fueron huyendo, y dieron en las labranzas y caserías de los cristianos, de los cuales tomaron muchas mujeres de la generacion de los guaranies, de cristianas nuevamente convertidas, y que de allí adelante habian venido cada noche á saltar y robar la tierra, y habian hecho muchos daños á los naturales por haber rompido la paz; y las mujeres que habian dado en rehenes, que eran de su generacion, para que guardarian la paz, la misma noche que ellos vinieron habian huido, y les habian dado aviso cómo el pueblo quedaba con poca gente, y que era buen tiempo para matar los cristianos; y por aviso de ellas vinieron á quebrantar la paz y hacer la guerra, como lo acostumbraban; y habian robado las caserías de los españoles, donde tenian sus mantenimientos, y se los habian llevado, con mas de treinta mujeres de los guaranies. Y oido esto por el Gobernador, y tomada informacion de ello, mandó llamar los religiosos y clérigos, y á los oficiales de su majestad y á los capitanes, á los cuales dió cuenta de lo que los agaces habian hecho en rompimiento de las paces, y les rogó, y de parte de su majestad les mandó, que diesen su parecer (como su majestad lo mandó que lo tomase, y con él hiciese lo que conviniese), firmándolo todos ellos de sus nombres y mano, y siendo conformes á una cosa, hiciese lo que ellos le aconsejasen; y platicado el negocio entre todos ellos, y muy bien mirado, fueron de acuerdo y le dieron por parecer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, por castigarlos de los males y daños que continuo hacian en la tierra; y siendo este su parecer, estando conformes, lo firmaron de sus nombres. Y para mas justificacion de sus delitos, el Gobernador mandó hacer proceso contra ellos; y hecho, lo mandó juntar y acomular con otros cuatro procesos que habian hecho contra ellos antes que el Gobernador fuese. Los cristianos que antes en la tierra estaban habian muerto mas de mil de ellos por los males que en la tierra continuamente hacian.

## CAPITULO XXIX.

De cómo el Gobernador soltó uno de los prisioneros guaycurues, y envió á llamar los otros.

Después de haber hecho lo que dicho es contra los agaces, mandó el Gobernador llamar á los indios principales guaranies que se hallaron en la guerra de los guaycurues, y les mandó que le trujesen todos los prisioneros que habian habido y traído de la guerra de los guaycurues, y les mandó que no consintiesen que los guaranies escondiesen ni traspusiesen ninguno de los dichos prisioneros, so pena que el que lo hiciese seria muy bien castigado; y así, trujeron los españoles los que habian habido, y á todos juntos les dijo que su majestad tenia mandado que ninguno de aquellos guaycurues no fuese esclavo, porque no se habian hecho con ellos las diligencias que se habian de hacer, y antes era mas servido que se les diese libertad; y entre

los tales indios prisioneros estaba uno muy gentil hombre y de muy buena proporcion, y por ello el Gobernador lo mandó soltar y poner en libertad, y le mandó que fuese á llamar los otros todos de su generacion; que él queria hablarles de parte de su majestad y recibirlos en su nombre por sus vasallos, y que siéndolo ellos, él los ampararia y defenderia, y les daria siempre rescates y otras cosas; y dióle algunos rescates, con que se partió muy contento para los suyos, y así se fué, y dende á cuatro dias volvió y trujo consigo todos los de su generacion, los cuales muchos de ellos estaban mal heridos; y así como estaban vinieron todos, sin faltar ninguno.

## CAPITULO XXX.

Cómo vinieron á dar la obediencia los indios guaycurues á su majestad.

Dende á cuatro dias que el prisionero se partió del real, un lunes por la mañana llegó á la orilla del rio con toda la gente de su nacion, los cuales estaban debajo de una arboleda á la orilla del rio del Paraguay; y sabido por el Gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas, para que los pasasen á la ciudad, para saber y entender qué gente eran; y pasadas de la otra parte las canoas, y en ellas hasta veinte hombres de su nacion, vinieron ante el Gobernador, y en su presencia se sentaron sobre un pié como es costumbre, entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nacion de guaycurues, y que ellos y sus antepasados habian tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra, así de los guaranies como de los imperues y agaces y guataes y naperues y mayaes, y otras muchas generaciones, y que siempre les habian vencido y maltratado, y ellos no habian sido vencidos de ninguna generacion ni lo pensaron ser; y que pues habian hallado otros mas valientes que ellos, que se venian á poner en su poder y á ser sus esclavos, para servir á los españoles; y pues el Gobernador, con quien hablaban, era el principal de ellos, que les mandase lo que habian de hacer como á tales sus sujetos y obedientes; y que bien sabian los indios guaranies que no bastaban ellos á hacerles la guerra, porque ellos no los temian ni tenían en nada, ni se atreverian á los ir á buscar y hacer la guerra si no fuera por los españoles; y que sus mujeres y hijos quedaban de la otra parte del rio, y venian á dar la obediencia y hacer lo mismo que ellos; y que por ellos, y en nombre de todos, se venian á ofrescer al servicio de su majestad.

## CAPITULO XXXI.

De cómo el Gobernador, hechas las paces con los guaycurues, les entregó los prisioneros.

Y visto por el Gobernador lo que los indios guaycurues dijeron por su mensaje, y que una gente que tan temida era en toda la tierra venian con tanta humildad á ofrescerse y ponerse en su poder (lo cual puso grande espanto y temor en toda la tierra), les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era allí venido por mandado de su majestad, y para que todos los naturales viniesen en conocimiento de Dios nuestro Señor, y fue-

sen cristianos y vasallos de su majestad, y á ponerlos en paz y sosiego, y á favorecerlos y hacerlos buenos tratamientos; y que si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacian á los indios guaraníes, que él los ampararía y defendería y tendría por amigos, y siempre serian mejor tratados que las otras generaciones, y que les darían y entregarían los prisioneros que en la guerra les había tomado, así los que él tenía como los que tenían los cristianos en su poder, y los otros todos que tenían los guaraníes que en su compañía habían llevado (que tenían muchos de ellos); y poniéndolo en efecto, los prisioneros que en su poder estaban y los que los dichos guaraníes tenían, los trajeron todos ante el Gobernador, y se los dió y entregó; y como los hobieron recibido, dijeron y afirmaron otra vez que ellos querían ser vasallos de su majestad, y dende entonces daban la obediencia y vasallaje, y se apartaban de la guerra de los guaraníes, y que dende en adelante vernían á traer en la ciudad todo lo que tomasen, para provision de los españoles; y el Gobernador se lo agradeció, y les repartió á los principales muchas joyas y rescates, y quedaron concertadas las paces, y de allí adelante siempre las guardaron, y vinieron todas las veces que el Gobernador los envió á llamar, y fueron muy obedientes en sus mandamientos, y su venida era de ocho á ocho dias á la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están dos palmas altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalada encima, y así la asan; y traen mucho pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres y de dantas y de venados, y de otros animales que matan; y cuando así vienen, dura la contratacion de los tales mantenimientos dos dias y contratan los de la otra parte del rio que están con sus ranchos; la cual contratacion es muy grande, y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maíz y mandioca y mandubis, que es una fruta como avellanas ó chufas, que se cria debajo de la tierra; tambien les dan y truecan arcsos y flechas; y pasan el rio á esta contratacion docientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la mas hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta priesa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercadería y ellas van al agua; y los indios á quien acontece lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos dias no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir á contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el rio abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primero que otros, y esta es la causa por donde se encuentran muchas veces; y en la contratacion tienen tanta vocería, que no se oyen los unos á los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

## CAPITULO XXXII.

Cómo vinieron los indios aperues á hacer paz y dar la obediencia.

Dende á pocos dias que los seis indios aperues se

volvieron para los suyos, después que los mandó soltar el Gobernador para que fuesen á asegurar á los otros indios de su generacion, un domingo de mañana llegaron á la ribera del Paraguay, de la otra parte, á vista de la ciudad de la Ascension, hechos un escuadron; los cuales hicieron seña á los de la ciudad, diciendo que querian pasar á ella; y sabido por el Gobernador, luego mandó ir canoas á saber qué gente eran; y como llegaron á tierra, los dichos indios se metieron en ellas y pasaron de esta otra parte hácia la ciudad; y venidos delante del Gobernador, dijeron cómo eran de aperues, y se sentaron sobre el pié, como gente de paz (segun su costumbre); y sentados, dijeron que eran los principales de aquella generacion llamada aperues, y que venian á conocerse con el principal de los cristianos, y á lo tener por amigo y hacer lo que él les mandase; y que la guerra que se había hecho á los indios guaycurues la habían sabido por toda la tierra, y que por razon de ello todas las generaciones estaban muy temerosas y espantadas de que los dichos indios (siendo los mas valientes y temidos) fuesen acometidos y vencidos y desbaratados por los cristianos; y que en señal de la paz y amistad que querian tener y conservar con los cristianos trujeron consigo ciertas hijas suyas, y rogaron al Gobernador que las recibiese, y para que ellos estuviesen mas ciertos y seguros y les tuviesen por amigos, las daban en rehenes; y estando presentes á ello los capitanes y religiosos que consigo traia el Gobernador, y asimismo en presencia de los oficiales de su majestad, dijo que él era venido á aquella tierra á dar á entender á los naturales de ella cómo habían de ser cristianos y enseñados en la fe, y que diesen la obediencia á su majestad, y tuviesen paz y amistad con los indios guaraníes, pues eran naturales de aquella tierra y vasallos de su majestad, y que guardando ellos el amistad y otras cosas que les mandó de parte de su majestad, los recibiría por sus vasallos, y como á tales los ampararía y defendería de todos, guardando la paz y amistad con todos los naturales de aquella tierra, y mandaría á todos los indios que los favoreciesen y tuviesen por amigos; y dende allí los tuviesen por tales, y que cada y cuando que quisiesen pudiesen venir seguros á la ciudad de la Ascension á rescatar y contratar con los cristianos y indios que en ella residían, como lo hacían los guaycurues después que asentó la paz con ellos; y para tener seguro de ellos, el Gobernador recibió las mujeres y hijas que le dieron, y tambien porque no se enojasen, creyendo que, pues no las tomaba, no los admitía; las cuales mujeres y muchachos el Gobernador dió á los religiosos y clérigos para que las doctrinasen y enseñasen la doctrina cristiana, y las pusiesen en buenos usos y costumbres; y los indios se holgaron mucho de ello, y quedaron muy contentos y alegres por haber quedado por vasallos de su majestad, y dende luego como tales le obedecieron y propusieron de cumplir lo que por parte del Gobernador les fué mandado; y habiéndoles dado muchos rescates, con que se alegraron y contentaron mucho, se fueron muy alegres. Estos indios de que se ha tratado nunca están quedos de tres dias arriba en un asiento; siempre se mudan de tres á tres dias, y andan buscando la caza y monterías y

pesquerías para sustentarse, y traen consigo sus mujeres y hijos; y deseoso el Gobernador de atraerlos á nuestra santa fe católica, preguntó á los clérigos y religiosos si había manera para poder industrial y doctrinar aquellos indios. Y le respondieron que no podía ser, por no tener los dichos indios asiento cierto, y porque se les pasaban los dias y gastaban el tiempo en buscar de comer; y que por ser la necesidad tan grande de los mantenimientos, que no podían dejar de andar todo el dia á buscarlos con sus mujeres y hijos; y si otra cosa en contrario quisiesen hacer, morirían de hambre; y que sería por demás el trabajo que en ello se pusiese, porque no podrían venir ellos ni sus mujeres y hijos á la doctrina, ni los religiosos estar entre ellos, porque había poca seguridad y menos confianza.

## CAPITULO XXXIII.

De la sentencia que se dió contra los agaces, con parecer de los religiosos y capitanes y oficiales de su majestad.

Después de haber recibido el Gobernador á la obediencia de su majestad los indios (como habeis oido), mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se había hecho contra los indios agaces; y visto por él y por los otros procesos que contra ellos se había hecho, pareció por ellos ser culpados por los robos y muertes que por toda la tierra habían hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instruccion que tenia de su majestad á los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de su majestad; y habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parecer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, porque así convenia al servicio de Dios y de su majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme á derecho, los condenó á muerte á trece ó á catorce de su generacion que tenia presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor á sacarlos, con unos cuchillos que tenían escondidos dieron ciertas puñaladas á personas que entraron con el Alcalde, y los mataran si no fuera por otra gente que con ellos iban, que los socorrieron; y defendiéndose de ellos, fuéles forzado meter mano á las espadas que llevaban; y metiéronles en tanta necesidad, que mataron dos de ellos y sacaron los otros á ahorcar en ejecucion de la sentencia.

## CAPITULO XXXIV.

De cómo el Gobernador tornó á socorrer á los que estaban en Buenos-Aires.

Como las cosas estaban en paz y quietud, envió el Gobernador á socorrer la gente que estaba en Buenos-Aires, y al capitan Juan Romero, que había enviado á hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para el cual socorro acordó enviar al capitan Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres; y esto hecho, mandó llamar los religiosos y clérigos y oficiales de vuestra majestad, á los cuales dijo que pues no había cosa que impidiese el descubrimiento de aquella provincia, que se debía de buscar lumbre y camino por donde sin peligro y menos pérdida de gente se pusiese en efecto la entrada por tierra, por donde hubiese poblaciones de indios y que

tuviesen bastimentos, apartándose de los despoblados y desiertos (porque había muchos en la tierra), y que les rogaba y encomendaba de parte de su majestad mirasen lo que mas útil y provechoso fuese y les pareciese, y que sobre ello le diesen su parecer, los cuales religiosos y clérigos, y el comisario fray Bernaldo de Armenta, y fray Alonso Lebron, de la orden del señor sant Francisco; y fray Juan de Salazar, de la orden de la Merced; y fray Luis de Herrezuelo, de la orden de sant Hierónimo; y Francisco de Andrada, el bachiller Martín de Almenza, y el bachiller Martínez, y Juan Gabriel de Lezcano, clérigos y capellanes de la iglesia de la ciudad de la Ascension. Asimismo pidió parecer á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y habiendo platicado entre todos sobre ello, todos conformes dijeron que su parecer era que luego con toda brevedad se enviase á buscar tierra poblada por donde se pudiese ir á hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el Gobernador había dicho y propuesto, y así quedó aquel dia asentado y concertado; y para que mejor se pudiese hacer el descubrimiento, y con mas brevedad, mandó el Gobernador llamar los indios mas principales de la tierra y mas antiguos de los guaraníes, y les dijo cómo él quería ir á descubrir las poblaciones á aquella provincia, de las cuales ellos le habían dado relacion muchas veces; y que antes de lo poner en efecto quería enviar algunos cristianos á que por vista de ojos viesen el camino por donde habían de ir; y que pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, tuviesen por bien de dar indios de su generacion que supiesen el camino para los llevar y guiar, de manera que se pudiese traer buena relacion, y á vuestra majestad harian servicio y á ellos mucho provecho, allende que les seria pagado y gratificado; y los indios principales dijeron que ellos se iban, y proveerian de la gente que fuese menester cuando se la pidiesen, y allí se ofrescieron muchos de ir con los cristianos; el primero fué un indio principal del rio arriba que se llamaba Aracare, y otros señalados que adelante se dirá; y vista la voluntad de los indios, se partieron con ellos tres cristianos-lenguas, hombres pláticos en la tierra, y iban con ellos los indios que se le habían ofrescido muchas veces, de guaraníes y otras generaciones, los cuales habían pedido les diesen la empresa del descubrimiento; á los cuales encomendó que con toda diligencia y fidelidad descubriesen aquel camino, adonde tanto servicio harian á Dios y á vuestra majestad; y entre tanto que los cristianos y indios ponian en efecto el camino, mandó aderezar tres bergantines y bastimentos y cosas necesarias, y con noventa cristianos envió al capitan Domingo de Irala, vizcaíno, por capitan de ellos, para que subiesen por el rio del Paraguay arriba todo lo que pudiesen navegar y descubrir en tiempo de tres meses y medio, y viesen si en la ribera del rio había algunas poblaciones de indios, de los cuales se tomase relacion y aviso de las poblaciones y gente de la provincia. Partiéronse estos tres navios de cristianos á 20 dias del mes de noviembre, año de 1542. En ellos iban los tres españoles con los indios que habían de descubrir por tierra, á do habían de hacer el descubrimiento por el puerto que dicen de las Piedras, setenta leguas de la ciudad de la